



Eladio Secades

oct 7/3/44 abeta

Unas Estampas sobre el ciclón.
Para muchos, el ciclón es una fiesta.
Decían que la Habana no tenía árboles

ESTAMPAS DE LA EPOCA: Si el ciclón arroja un balance de tragedia, motiva también un pequeño mundo de escenas que oscilan entre lo ridículo y lo festivo. Que perdonen la observación los que tienen un pariente herido, o un techo roto. Pero un ciclón en Cuba siempre enseña un increíble margen de fiesta. Lo que es perdonable en los niños. Novelería en las mujeres. Y hondo sentido de irresponsabilidad en los hombres. Cuando se anuncia un ciclón, los que creen que la cosa va en serio, lo dicen con la emoción extraña del que espera un cambio brusco en la rutina de siempre. Es como una alegría inconfesable que se disfrazara de temor. Se abandonan los trabajos. Se espera con ansiedad la salida de los diarios. Volvemos a saludar a quienes les habíamos retirado el saludo. Y las viejas del vecindario hacen los pronósticos de balcón a balcón. Los preparativos han cobrado animación de ceremonia. Si en ese momento alguien se atreve a decir que el ciclón ya no viene, no será portador de una alegría, sino pasmador de muchas ilusiones. Hay personas mayores que vuelven a sentir la felicidad inconsciente de cuando éramos niños y no podíamos ir al colegio, porque había enfermo de gravedad en la familia. Si esto parece una exageración, obsérvese la cantidad de idiotas que todavía recuerdan lo que se divertieron cuando el ciclón del 26. Y los que claman por el carnaval de sangre de un ras de mar, para sentirse un poco héroes describiendo que el agua les daba por aquí. Que había botes en Prado y Colón. Y vecinos que ya se estaban ahogando. Entre nosotros estas catástrofes pasan. Se restablecen los servicios. Se arreglan los caminos. Se incorporan los árboles caídos con sus copas verdes y sus troncos heridos por la furia. Pero quedan para toda la vida los cuentos criollos de lo que yo vi y de lo que yo hice.



HAY otro aspecto muy curioso del ciclón. Las personas que invitan a las amistades a que vengan a esperarlo en su casa. Como si se tratara de una fecha de solemnidad. El cubano cree que para la Nochebuena y para el ciclón, debe estar toda la familia reunida. La tradición es completa y hasta deliciosa, cuando van llegando los hijos casados. Con latas de sardinas y la historia tenebrosa de lo que se dice por ahí. Un ciclón es una acumulación de viveres y un acuartelamiento urgente de apellidos. Existen los que se visten de invierno. Sin que nadie haya sabido jamás por qué. Los que se emborrachan siempre, para acompañar esas horas de nervosismo vuelven a enhorracharse. Y suben de precio en estimación espiritual los que han tenido el cuidado de guardar una linterna. La noche del ciclón tiene fuerte pinceladas de velorio. Porque siempre hay una vieja colando café. Y una tía solterona que se acuesta sin quitarse la ropa. Al temblar la primera ventana, el hombre más serio de la familia descubre que parece que ya. Pero el ciclón no ha llegado verdaderamente, hasta que se perciben esa trepidación y ese ruido que son familiares a los que viven en calles con líneas de tranvías. Y aparece el valiente que se zafa de la madre que lo sujeta. Y sube a la azotea a destupir un caño. Ahí termina el ánimo de fiesta. Y empieza la idea terrible de lo que en realidad es todo ciclón. A través de los cristales se ven volar los toldos hechos flecos y las vallas anunciadoras. Que se desintegran y se elevan como mariposas de zinc. Las paredes parecen de papel secante. Y ese pariente sereno que jura por Dios que él no se asusta, acepta que la cosa se está poniendo fea.



...de...
...de...
...de...

Al...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

...de...
...de...
...de...

TODOS nos sentimos satisfechos de cómo nos hemos portado. Y buscamos quien quiera oírnos el relato. Con ese instante en que se cierran y se agitan los puños. Para indicar que la casa hacía así. Lo que no deja de ser tan gráfico como tan espeluznante, pero tiene el inconveniente de que no se puede llegar a esa parte de la relación, sin que aparezca el sabio que sentencie que eso sucedió porque el viento venía del sur. Después del ciclón renace la idea de novedad histórica y contagiosa. Y salimos a ver los efectos. Con un sweater viejo y sensibilidad ingenua de turista yankee. Ya se nos había olvidado que en el mundo quedaban boy-scouts y capas de agua. En este ciclón que duró tantas horas, la nota la dieron las pepillas que se pusieron pijamas de colores, se pintaron los labios y se organizaron en teams bulliciosos. Para recorrer la ciudad y detenerse ante cada muro caído y ante cada techo destrozado, con el aire del que contempla un kiosco de verbena benéfica. ¡Mira esto, Gladys!... ¡Qué clase de fenómeno, Cuqui!... ¡Aquí sí es verdad que acabó, Rosa!... Claro que como habitamos un país caracterizado por las precocidades, hubo postes que se derribaron antes de que llegara el ciclón. Y antes de que llegara el ciclón, millares de ciudadanos estaban avisando por radio a sus familiares que no les había sucedido nada. Uno sintonizaba el receptor esperando el último parte del Observatorio. Pero se fastidiaba, porque tenía que contentarse con saber que José Rodríguez le informaba a un primo que reside en California que se encontraba perfectamente bien. Lo que entra de lleno en el campo del humorismo. Porque mandaba el mensaje en un radio que no llega a California. Para decir que estaba ileso de un ciclón que todavía no había pasado. Único caso en que los supervivientes se presentaron primero y la catástrofe después.



YO no sé dónde van a meterse aquellos que se lamentaban de que La Habana era una capital sin árboles. Lo que pasa que ha sido necesario que se cayesen todos, para, que comprendiésemos que estaban ahí. Mientras los árboles eran adorno de las aceras y fábrica de nidos, no los habíamos notado. Los vecinos del Vedado llegaron a creer que la sombra de los bordes de la calle 23 venía del sol. Ahora empezamos a amar a los árboles de pie. Porque acostados estorban el tránsito. El poste de madera es la única comprobación formal del espiritismo. Porque es el regreso a la vida del cadáver de un pino. El viento, que es guasón cuando levanta la falda de una señora decente y que pone en ridículo al caballero a quien le vuela el sombrero de paja, se torna feroz en las horas de ciclón. Cuando pasa silbando como un látigo y convierte los árboles en mástiles y la ciudad en bosque del infierno. Un ciclón cubano es un drama entre dos celebraciones. La de encerrarse a esperarlo. Y la de salir a ver lo que pasó. En esta excursión se experimenta el consuelo de que lo de los otros fué peor. Y el propietario que no halle alivio en los daños ajenos, encontrará el alma cándida que junto al montón de escombros recita aquello de «menos mal que no hubo desgracias personales». Hay también el amigo inesperado que para elogiar la construcción de la casa propia, nos quiere hacer creer que no sintió nada. Todos tenemos algo de damnificado. El agua entró en la biblioteca mía. Y los libros se hincharon y cayeron panza arriba. Como perros muertos en un río.

Alerta, Del 23/44



INSTITUTO DE HISTORIA DE LA HABANA
DOCUMENTAL